

## CAPÍTULO XIII.

### La invitación.

La voz que había detenido la palabra pronta á salir de la boca del comandante, era la voz de la viuda.

Desde la llegada de Gabriel á la casa de su padrino, el aspecto de las relaciones entre los dos hermanos había perdido la fría reserva y el mutuo retraimiento en que ambos vivían. Sin que entre ellos mediara explicación alguna, había llegado á disiparse el cauto recelo con que, al parecer, uno y otro se miraban.

En honor de la verdad, la viuda era la que había empezado á facilitar el camino á la mutua confianza, mostrando á su hermano ese rostro franco y risueño que convida á la intimidad y que abre paso á las recíprocas confianzas.

Por lo que hace al comandante, notó, como era natural, este cambio de su hermana, y se dejó querer, complacido de esta afectuosa conducta, mostrándose á su vez comunicativo, alegre y risueño.

Rosalía, siguiendo el ejemplo de su madre, era

también otra para con su tío, y, por razones que podemos sospechar, pero que el interés del relato nos impide todavía saber con certidumbre, la hija de la viuda experimentaba hacia el hermano de su madre cierto afecto, que hasta entonces no había sentido; más aún: no había logrado sentir, á pesar de sus esfuerzos por conseguirlo. Así es que se resarcía de su anterior repugnancia con cariñosos halagos y tiernas solicitudes. Había sido injusta con su tío, y se propuso ser generosa.

Por supuesto, el comandante se dejaba querer por la hija lo mismo que por la madre, dulcificando en cuanto le era posible la fría aspereza de su carácter.

No hay que decir que semejante transformación era objeto de diversos comentarios, pues pronto corrió de la botica al Casino, y del Casino á todas las tertulias del pueblo, la estupenda noticia de que el comandante y su hermana eran uña y carne.

La circunstancia de coincidir tan extraordinario suceso con la permanencia de Gabriel en la casa del comandante, le daba al asunto más importancia, más novedad, más misterio.

Evidentemente la viuda, alarmada con la presencia repentina de aquel ahijado imprevisto, había estrechado el sitio puesto á su hermano para hacerlo marido de su hija, modo sencillo de asegurarse la herencia del tío.

Esto sostenían unos, con todo el aplomo del que afirma una verdad como un templo; y el boticario del pueblo, lo mismo que el boticario del cuento, apoyaba el índice de la mano derecha debajo del párpado inferior del ojo correspondiente á la mano, y exclamaba:

«Como si lo viera.»



Otros sostenían lo contrario, que en sustancia venía á ser lo mismo.

Se susurraba, sin que fuera posible averiguar de dónde había salido la especie, que el huésped del comandante no era su ahijado, sino su hijo. De aquí deducían que las pretensiones de la viuda iban encaminadas, no al padrino, sino al ahijado, manera segura de coger la herencia completa.

Á esto se oponían los del parecer contrario, diciendo:

—Si es su hijo, es un hijo que no puede legitimar, puesto que oculta su origen, y en tal caso, carece de aptitud legal para ser heredero forzoso. Es verdad que se puede hacer una venta simulada á su favor, y encontrarse de la noche á la mañana dueño del caudal, sin que haya quien se lo dispute; pero el comandante tiene todavía años en que vivir, y eso lo dejaría en todo caso para la última hora.

—No, no (replicaban los otros). ¡Más vale pájaro en mano, que ciento volando! La viuda sabe mucho; y, por sí ó por no, no dejará que se le escape el muchacho.

—¿Y si no es más que ahijado? (preguntaban los contrarios.) ¿Irá la viuda, con todas sus campanillas, á encasullar á su hija con un advenedizo, que sabe, según dicen, rascar el violín primorosamente, y aquí paz y después gloria?....

—Es que (contestaban los otros) el ahijado es hijo.... eso no tiene duda.... hijo, y rehijo.

Semejante razón debía ser convincente, porque los partidarios de la opinión opuesta insistían diciendo:

—Bueno; aunque sea hijo, la cuestión es la misma, porque el comandante puede dar media vuelta el mejor día del año, y casarse de la noche á la ma-

ñana con la primera que le entre por el ojo derecho, y dejarlos á todos con un palmo de narices. El golpe es atrapar al tío.

Tales eran las empeñadas discusiones que en los altos círculos del pueblo suscitaba la aparición de Gabriel y la afectuosa armonía que se había establecido entre los dos hermanos.

Claro está que las mujeres tomaban su parte correspondiente en estos animados debates, dividiéndose también en dos partidos, pues unas se inclinaban en favor del ahijado, y otras en favor del padrino; alegrándose todas de que la viuda no tuviera más que una hija, porque si cazaba al padre, quedaba el hijo, y si el hijo era la víctima, entonces quedaba el padre.

Éste continuaba siendo, á los ojos de muchas, un gran partido, porque cuarenta y cinco años los tiene cualquiera, y unas buenas rentas las tienen pocos.

«Si Rosalía se casa con el músico, la viuda dejará libre á su hermano, y entonces será otra cosa.»

Así debían pensar las partidarias del comandante.

En las otras ejercerían probablemente cierta influencia los veinte años de Gabriel, su regular estatura, sus ojos pardos, sus cabellos castaños, su fisonomía dulce é ingenua y su aire triste. Todas estas circunstancias de su persona debían aparecer realzadas por el vestido de riguroso luto que vestía, y por esa distinción que rara vez se encuentra en los vecinos de los pueblos pequeños. Sobre todo, la frente de este joven era elevada, tersa y pensativa; frente á la vez de niño y de hombre, donde las mujeres podían ver reflejarse á un mismo tiempo la inocencia y el genio.

Tenía, pues, sus parciales entre las más jóve-



nes; esto es, entre las más ingenuas, entre las que conservaban todavía el alma llena de esperanzas fantásticas y de perfumadas ilusiones.

Éstas, uniendo en un mismo razonamiento la poesía y la prosa, que á la vez andan revueltas en la imaginación de las mujeres, dirían para sí:

«Es guapo.... su mirada es inteligente, su sonrisa afable y su porte noble.... Mal ha de ser que, ahijado ó hijo, no repele alguna cosa de la fortuna del comandante.»

De esta manera se hallaban divididos los pareceres y opuestas las opiniones. Todos, pues, estaban en expectativa de la solución que habría de resolver el problema de un modo ó de otro.

Decía al empezar el presente capítulo que la voz que había detenido la palabra en la boca del comandante era la voz de la viuda, que resonó detrás de la mampara, diciendo:

—Soy yo, Gil; soy yo.

Al abrirse las comunicaciones entre el hermano y la hermana, se había abierto también la comunicación entre las dos casas. Del corredor bajaba una escalera al jardín de Rosalía, que no tenía uso hacía mucho tiempo, pues se hallaba cerrada por un candado de hierro, cuya llave se había perdido.

Esta puerta se abrió con motivo de una ligera indisposición del comandante, que duró una noche, noche que la viuda pasó en vela junto á la cama del enfermo. Después no volvió á cerrarse, quedando de esta manera abierta la comunicación entre las dos casas.

No pudo el P. Antonio oír la voz de la viuda, porque, como ya dijimos, se había tapado los oídos al tiempo de ir el comandante á pronunciar su última palabra sobre las mujeres; pero la vió entrar, y dan-

do una gran palmada sobre la mesa, alzó el brazo y señaló la viuda á las miradas de su hermano.

Con toda esta mímica dramática quiso decir:

«¿Duda V. de la virtud de las mujeres? ¡Pues bien!: ahí tiene V. á su propia hermana.»

No dejaba de tener fuerza este argumento imprevisible, pues por más deplorable que fuese el concepto en que el comandante tenía á la bella mitad del género humano, no era natural que midiera con la misma regla á la hija de su propia madre.

Llevaba el argumento del P. Antonio la fuerza ejecutiva de los argumentos personales. Mas no consistía en la razón del parentesco su verdadera fuerza.

Hacía ya muy cerca de cinco años que la hermana del comandante había visto morir á su marido, y todavía llevaba el luto en sus vestidos y el duelo en su alma. Lo único que se había permitido desde este triste acontecimiento era vivir, vivir puramente. Entre el mundo y ella estaba siempre la sombra.... el dulce recuerdo, la triste memoria del hombre que había perdido.

Se le llamaba la viuda, no porque fuera la única en el pueblo que hubiese experimentado esa pérdida, sino porque ninguna como ella había consagrado su corazón al dolor de la viudez: su marido había muerto para el mundo, mas no para ella. Era la viuda por excelencia, la viuda modelo; por eso el pueblo la designaba con el nombre, también enlutado, de la viuda.

En esto consistía principalmente la fuerza del argumento que aquella oportuna aparición había sugerido al P. Antonio.

Volvió el comandante los ojos hacia su hermana, al mismo tiempo que se mordía los labios.



—Señores (dijo ella): aunque ven Vds. que entro aquí sin guardar ninguna ceremonia; debo advertir que vengo de oficio; es una invitación en toda regla: mañana cuento con Vds.

—¿Para qué?—preguntó el comandante.

—Para comer,—le contestó su hermana.

—Admitido el convite,—añadió el P. Antonio mirando á su cómplice.

—Otra advertencia,—dijo la viuda.

—¿Otra?—preguntó su hermano.

—Sí; comeremos á la francesa.

—¡Uf!—exclamó el P. Antonio.

—Declaro que no es idea mía.

—¿Á quién diablos se le ha ocurrido la idea de comer á las seis de la tarde?

—Á Rosalía,—contestó la viuda.

—¡Pues! (refunfuñó el P. Antonio.) ¡Capricho de niña mimada!

—No tal (replicó la madre de Rosalía). La niña mimada ha tenido presente que su tío no come á la española. Á mí no se me había ocurrido.

—Muy bien pensado,—añadió el comandante, celebrando la delicada previsión de su sobrina.

—De manera (siguió diciendo la viuda) que el P. Antonio tendrá paciencia; mi hermano no alterará su costumbre, y en cuanto á Gabriel, creo yo que le será lo mismo comer á las doce del día ó las seis de la tarde.

Gabriel, que desde que entró la viuda la contemplaba con particular complacencia, de la manera que contemplamos el retrato de alguna persona querida, se apresuró á contestar, diciendo:

—Enteramente lo mismo, señora. Á las doce del día, ó á las seis de la tarde, la prometo á V..... comer....

Aquí se detuvo un instante, indeciso; pero añadió en seguida:

—Con excelente apetito.

Si los murmuradores de la botica, ó los desocupados del Casino, ó las vecinas curiosas, hubieran podido recoger estos ligeros detalles, pronto habría corrido por la alta sociedad del pueblo la voz de que la viuda tendía á la vez dos redes, para coger á un mismo tiempo al ahijado y al padrino: al comandante para su hija, y al músico para ella. Y tal vez el ojo perspicaz de los unos y de las otras habría penetrado que la astuta viuda estaba en camino de conseguir el doble fin de sus deseos.

Pero es el caso que esta parte elevada de la opinión pública carecía de tan preciosos datos, y, preciso es reconocerlo, su perspicacia no había llegado á presumirlos.

Dirigióse la viuda á su hermano, y le dijo:

—Ahora necesito el auxilio de tu asistente. Te he oído decir que es un gran cocinero, y mi pobre Berta no sabe de esas cosas más que lo absolutamente necesario para que no nos muramos de hambre.

—Gil es un bribón que me sirve muy bien.... Aún suspira por el regimiento, y si no fuera tan buen cocinero, lo habría fusilado ya tres ó cuatro veces.

—¡Oh! (exclamó la viuda.) Cuánto me alegro de que no lo hayas fusilado ninguna vez, porque si no, mañana me vería yo en un gran apuro.

No atinaba el P. Antonio con el fin que la viuda se proponía con aquel convite, pues no siendo gastrónomo, no entrabajamás en sus cálculos el recurso de las comidas. Claro está que la hermana del comandante no daría aquel festín á humo de pajas, y por sondear el propósito de su cómplice, dijo:

—Pues, señor, tenemos á la vista un espléndido



banquete con que esta buena señora se propone obsequiar al ahijado de su hermano.

—Sí (contestó ella), y he elegido el día 20 de Agosto.

—¿Y qué festividad (preguntó el comandante) celebra la Iglesia en ese día?

—La de San Bernardo, Abad, y la de San Samuel, profeta,—contestó el P. Antonio.

—Perdona, hermana: no recordaba esa circunstancia.

—Yo sí la tenía presente,—dijo Gabriel.

—No es solamente mañana el día de mi Santo (añadió la viuda), sino que además es mi cumpleaños. Me llamo Bernarda, y por añadidura cumpliré mañana treinta y ocho abriles.

Diciendo esto, golpeó afablemente el hombro de su hermano, presentó á Gabriel la sonrisa más amable del mundo, y dirigiéndose al P. Antonio, le dijo:

—Vámonos: Rosalía lo está esperando á V. toda la mañana, porque necesita que V. le ayude.

—¿Á qué?—preguntó el P. Antonio.

—Á moler el azúcar y á picar las almendras, porque ella se ha encargado de la repostería.

Hizo el buen sacerdote un gesto particular, con el que quiso decir: «¡Quién se resiste!...», y salió detrás de la viuda.

El comandante se volvió á su cuarto, y entró en él diciendo:

—Perfectamente.... Una carga á la bayoneta, y el triunfo es mío.

Cuando Gabriel se vió solo, se acercó á la puerta, entreabrió la mampara, y aplicó atentamente el oído, permaneciendo en esta actitud hasta que dejó de percibir los pasos de la viuda y del P. Antonio, que

resonaban en la escalera del corredor, haciendo crujir los peldaños de madera.

Después echó atrás por un sacudimiento de la cabeza los rizos castaños que cubrían su frente.... Luego exhaló un suspiro ahogado, y, por último, se aproximó á la silla en que estaba la caja en forma de ataúd que antes notamos, y poniendo la mano sobre la tapa enlutada, exclamó:

—¡Ah!... ¡si tú hablaras!....